

grupo. Prodújose la sorpresa y confusión consiguientes, y tomándola por un fantasma, mendigos y malandrines huyeron á la desbandada. Los cojos, echándose al hombro las muletas, corrían como gamos; los mancos se hallaron de pronto con los brazos que les faltaban, y los ciegos no necesitaban de palo, de perro ni de lazarillo para poner pies en polvorosa. En breve no quedaron en la calle sino los enrodados de Gonzaga, que sacaron al aire sus aceros.

—¡Sus, sus, al turco!—aulló Nocé.

Parecía un paladín de la antigüedad excitando á la guerra contra el infiel. Por desgracia, no llevaba armadura, y recibió tan fuerte golpe en el hombro con el asta de la lanza, que tuvo que soltar la espada; Taranne fué obsequiado con otro estacazo en los riñones; Montaubert midió el suelo, aturdido por un polpe en el craneo que Lagardère le descargó con el regatón; y el barón de Batz sintió que la cimitarra le rasgaba el calzón y, le arañaba el muslo. No era de cartón, sino de acero.

En cuanto á Oriol y Lavallade, tenían ya bastante con la voltereta que dieron en el patio del Alcázar, y como no eran ambiciosos, se quitaron de en medio.

Sulkham envainó su cimitarra, y empuñando de nuevo su lanza se alejó con paso tranquilo como un paseante que hace tiempo. Po-

día haberles hendido el cráneo ó matarlos con la estocada de Nevers; pero no quería vender su incógnito, y aquella caza carecía de valor para él. Quería una cabeza más alta para firmar en ella su nombre y rúbrica con la punta de su espada.

No teniendo ya los mismos motivos de venganza que antes, invertía su antigua divisa y decía.

—¡Antes que los servidores, el señor!

XIV

El acusador.

Aparte de la de Montaubert, cuyo cráneo se deprimió un tanto al contacto del mástil de la lanza turca, las heridas de los enrodados no eran más que arañazos ó rasguños sin importancia. Así quiso probarles que se hallaron á merced suya. No siendo atacado directamente por ellos, se contentó con castigarlos como á escolares rebeldes. Esto lastimó su amor propio, y volvieron á casa con las orejas gachas.

—Si hubiera sido el caballero—decía Montaubert, á quien le dolía mucho la cabeza,— no nos hubiéramos librado con tan poco, pues tie-

ne demasiado interés en nuestra desaparición para perder tan buena ocasión de acabar con nosotros. Además, no eran aquéllas sus armas ni su modo de pelear, y con su carácter fogoso, era imposible que no soltase alguna exclamación.

Para los secuaces de Felipe de Mantua, y para este mismo, Lagardère continuaba siendo siempre simple caballero; ignoraban que el Regente le había hecho conde.

—Con todo, si esos dos hombres se coligaran, uniendo su fuerza y su audacia—dijo Taranne,—podríamos darnos por perdidos...; so pena de buscar siempre el camino opuesto al que ellos siguieran.

De Batz le seguía cojeando, apoyado en Oriol y Lavallade, que volvieron al lugar del suceso al desaparecer el peligro. El ex-negociante estaba muy ufano con el comportamiento de sus cortas piernas.

—Todo eso es muy bonito—dijo Nocé,—y debemos felicitarnos por haber escapado con vida. Muy bien; pero el caso es que hemos quedado cuatro medio lisiados, y que tenemos que explicar á Gonzaga...

—¿Qué le diremos?—preguntó ansiosamente Oriol.—¡Nos había recomendado tanto que no nos metiéramos con el turco! El mismo Peyrolles nos previno.

La situación era embarazosa. Lo porvenir se presentaba á breve plazo amenazador de tempestades y complicaciones.

—La culpa es nuestra—gruñó Lavallade—por meternos donde nadie nos llamaba.

—¿Culpa nuestra?—preguntó Oriol.—Di que la culpa es de Nocé. Él fué quien nos metió en este callejón sin salida.

—¡Voto á Belcebú!—exclamó furioso Nocé.—¡Bien os sienta lamentaros!. ¿Dónde estabais, si se puede saber, cuando llovían los estacazos cuyas señales conservamos?

—Nosotros no buscábamos á Lagardère—replicó Lavallade muy picado,—y no es culpa nuestra si al ver un jorobado habéis creído todo el campo orégano, sin figuraros en vuestra soberbia que pudiera salirnos la criada responsable.

La discusión comenzaba á agriarse. Es posible que, á tener el brazo sano, Nocé hubiera echado mano á su tizona para argumentar.

—Pero ¿estáis locos?—interrumpió Taranne.—Lo que necesitamos no es indisponernos por tontunas, sino ponernos de acuerdo. Sentémonos un instante en estas gradas, y hablemos. ¿Cuántos días vas á tener que arrastrar el ala?

—Cinco ó seis días; ¿y tú?

—Mi cinturón ha amortiguado el choque, y

si no fuera porque se me ha pegadola camisa al cuerpo, no creería que estaba herido. De Batz va á necesitar andar cojeando varios días. Montaubert es el más seriamente lesionado. Pues bien; lejos de censurar á los ilesos, debemos felicitarlos y felicitarlos, porque si vamos los seis maltrechos, no sé yo qué razones hubiéramos podido dar.

—¿Y cuáles pretendes invocar?

—Pretendo que no se trate del turco para nada. No hubo cadáveres, la policía no intervendrá, y ese pobre diablo no hablará, porque es mudo. Los mendigos y los malandrines huyeron, y no han visto nada.

—Tienes razón. Podemos decir que fuimos atacados por un grupo de malandrines que huyeron en cuanto echamos mano á la espada. Lejos de censurarnos, nos compadecerán.

—Nos compadecerán tanto más, cuanto que mañana es el matrimonio del Príncipe y asistiremos todos—añadió Taranne;—tú, con tu brazo en cabestrillo; de Batz, sostenido por alguien; Montaubert, con la cabeza vendada; y si yo no puedo enseñar mi herida, podré hablar de ella. Pero ni esta noche, ni mañana, ni nunca, no aludamos por nada al turco.

De acuerdo todos, fueron á hacerse curar y se presentaron al Príncipe, que comenzaba á extrañarse por su ausencia.

—¿Y qué? ¿Qué opináis del supuesto Lagardère? Ya me ha dicho Peyrolles que la recepción que os hizo fué muy fría.

—Es un grosero—contestó Nocé.—Mi primer impulso fué darle una lección de cortesía; pero lo mejor es el desprecio para gentes de esa calaña.

Felipe de Mantua estaba escribiendo: no levantó la cabeza y no vió á sus secuaces; pero entonces entró Peyrolles, y dijo admirado:

—¿Qué es eso, señores? ¿Os habéis batido?

—¡Batido!—exclamó Gonzaga volviéndose. ¿Y con quién?

—¿Con quién? ¡El Diablo nos lleve si lo sabemos, señor! No nos dieron tiempo sino para recibir unos golpes, y cuando pudimos echar mano á las espadas, nos hallamos solos. Eran de esos malandrines que hormiguean por las calles de la villa.

—Me quejaré al Rey—dijo Gonzaga.

—Es dudoso que el Rey pueda pensar en estos momentos en cosa tan insignificante. Montaubert recibió un fuerte golpe en el cráneo; de Batz, tiene una pierna ligeramente arañada; Taranne, un rasguño en el costado, y yo, un estacazo en el hombro. Son heridas de las cuales no vale la pena preocuparse.

—Bueno; idos á descansar. ¿Puedo contar

con que mañana á las once asistáis á la ceremonia nupcial en San Isidro?

—No faltaremos, Monseñor.

Los enrodados se retiraron muy satisfechos del buen cariz que tomaba su asunto.

Al día siguiente el Alcázar tuvo desde el amanecer aspecto de gran gala. Tapices preciosos y grupos de banderas y gallardetes adornaban las fachadas del Palacio, y multitud de aristócratas, muchos de ellos llegados de provincias para la solemne ceremonia, invadían los salones.

En un ángulo del patio, como gigantesco hongo, veíase la tienda del turco; pero vacía. Aunque seguía su mula en las caballerizas, Sulkham no había vuelto desde que salió á pasar la noche anterior. Alguien creyó conveniente avisar al Rey.

Cierto que el musulmán no iba á figurar en el cortejo nupcial ni franquearía las puertas de la iglesia; pero en aquellos tiempos, en que el puñal ó el veneno amenazaban la vida de los Reyes y sus familias, la desaparición súbita del misterioso turco, de antecedentes desconocidos y que se había deslizado subrepticamente en Palacio, y revuelto la villa, podía dar lugar á muchos comentarios. Felipe V, débil y pusilánime, arrepentíase de haberle concedido su favor, que quizás había atraído la desgracia

sobre su casa. Furioso en alto grado, ordenó que se registrara toda la población hasta dar con el islamita, costara lo que costase.

Gonzaga se presentó en el Alcázar á las diez, y el mismo Rey le anunció la desaparición de Sulkham, confiándole sus recelos.

—Tranquilícese Vuestra Majestad. El turco habrá caído en alguna emboscada, menos feliz que los gentiles hombres de mi casa, que atacados ayer por malandrines y picaros, escaparon afortunadamente con heridas insignificantes. Madrid no está seguro estos días, y vuestra policía, señor, es impotente con tal concurso de forasteros.

—¡Ojalá sea verdad!—exclamó el Rey, asiéndose á la tabla que le tendía Gonzaga, pues se sentía ahogado por sus mortales inquietudes. —Sin embargo, he mandado tomar toda clase de precauciones. Gracias, Príncipe. Ahora preparaos para seguirmos á San Isidro

Durante esta conversación un gran señor, anciano, de andar vacilante y cabellos plateados por la edad, desconocido tanto del Rey como de Gonzaga, había escuchado atentamente. Terminado el diálogo se sentó en un sillón de la antecámara con la barbilla apoyada en una mano, y viendo con mirada indiferente pasar y repasar á los cortesanos. Había muchos así en el Alcázar, de los cuales nadie se preocupaba.

Las campanas de todas las iglesias de Madrid comenzaron á repicar lanzadas á vuelo, y se formó el cortejo. Sería fastidioso describir la pompa y magnificencia desplegada con tal motivo. Cuando entraron en la Catedral no había noticias de Sulkham; pero el Rey se había tranquilizado, y hasta lanzó una mirada de simpatía á los enrodados del de Mantua, en especial á Montaubert, que parecía llevar un turbante.

El pueblo de Madrid se entusiasmó con las bodas, y aclamó á Reyes y Príncipes, lo mismo que el de París con ocasión de la boda de su buen rey Luis XV. Todavía no se pensaba en la guillotina.

Felipe V había recobrado todo su buen humor, olvidando al turco de las siluetas.

El besamanos fué brillante. Uno de los últimos nobles que desfilaron ante las reales personas fué el anciano gran señor de que hemos hecho mención. Dijo que vivía recluso en su castillo en el fondo de Andalucía, pero que no quiso morir sin tener el honor de haber visto á lo menos una vez á sus Soberanos y rendirles personalmente el debido acatamiento. Felipe V, conmovido, se puso en pie y le abrazó; la nueva Princesa de Asturias le estrechó la mano.

Á eso de las diez de la noche madame de

Soubisse halló ocasión de dar al Monarca la carta del Regente. El Rey la leyó, y frunció el ceño.

—¿Conocéis lo que contiene este pliego, señora?

—Lo ignoro en absoluto, señor. Cumplo la orden de Su Alteza, y debo llevarle la respuesta. Ya sabe Vuestra Majestad que parto mañana.

—Pues bien; nos conformaremos con los deseos de nuestro primo el Regente, aunque tenga que sernos muy penoso y difícil. Vos que sois una dama capaz de guardar un secreto y de dar un consejo, indicadnos un medio de expulsar de nuestro reino inmediatamente á Felipe de Gonzaga.

—¿Acaso Vuestra Majestad puede tener confianza en ese traidor y asesino?

—¿Qué decís, señora?

—La verdad, señor. Está probado y fallado. La señora Princesa puede daros pormenores, pues la historia es larga de contar.

—Está bien; os creemos, y resolveremos en consecuencia.

Momentos después se presentaba al Monarca el Alcalde mayor, seguido de dos mendigos.

—¿Quiere saber Vuestra Majestad lo que fué del turco de las siluetas?

—¿Qué habéis averiguado?

—Debe de haber sido muerto anoche, y su cadáver arrojado sin duda al Manzanares, porque no parece.

—¿Quién le ha matado?

—Según éstos que me acompañan y otros á quienes he interrogado, han sido los gentileshombres de la casa del señor príncipe de Gonzaga.

Los ojos del Rey animáronse con llamara-das de cólera, y estrujó la carta del Regente, que aún tenía en la mano.

—¿Está en los salones el Príncipe?

—Acabo de verle, señor.

—¡Id á prender inmediatamente á esos gentileshombres, y traedlos á mi presencia con todos los que los acusan!

Felipe V volvió á los salones sin poder ocultar su agitación, y el de Mantua, adulator y cortesano, le salió al paso preguntándole:

—¿No ha tenido Vuestra Majestad noticias de Sulkham?

—Las tendremos dentro de un cuarto de hora—repuso el Rey, volviéndole la espalda.

Gonzaga se dirigió hacia el noble anciano andaluz, y para entablar conversación con él le interrogó acerca del turco.

—No sólo he oído hablar de él, sino que le vi anoche.

—¿Anoche? ¿Podiais decirme á qué hora?

—Á eso de media noche.

—¿Dónde?

—En la Morería.

—¡Pardiez! ¡Es un informe precioso! ¿Tendriais inconveniente en repetir á Su Majestad lo que acabáis de decirme?

—Ninguno, caballero.

El Príncipe se adelantó hacia el Monarca acompañado del andaluz, y le dijo:

—Permítame Vuesta Majestad: este caballero ha visto anoche á las doce á Sulkman, y podía dar á Vuestra Majestad algunos pormenores.

Felipe V miró fijamente á Gonzaga, que no comprendió el alcance de aquella mirada, é invitó al anciano á que se explicase.

—Vagaba yo anoche, señor, por las orillas del Manzanares, y me interné sin rumbo alguno por las calles de la Morería. De pronto un tumulto de voces y pasos hirió mis oídos, y me metí en una travesía. Vi pasar al turco de las siluetas, de que tanto me habían hablado desde mi llegada á Madrid, y tras él una turba de mendigos y malandrines. Entre ellos iban unos cuantos monjes, supongo que apócrifos, y seis ú ocho caballeros, que eran los que parecían excitar á las turbas. Oí palabras que no pude comprender: tratábase de un pirata, de San Isidro y de la Inquisición. Cuando me disponía á salir de la sombra vi que todos huían, y á lo

lejos el turco esgrimió su lanza y su cimitarra contra los seis caballeros de que antes hablé. Mi primer pensamiento fué acudir en socorro del que luchaba solo contra seis; pero vi que no hacía falta mi intervención. Le mataron, pero salieron heridos. Oí pronunciar el nombre de uno de ellos...

Se había formado círculo en rededor de los tres, y reinaba en el salón un silencio glacial; Sólo se oía la voz trémula, pero serena y firme del anciano.

—¿Y ese nombre?

—Era Nocé, señor.

Felipe de Mantua palideció:

—¡Imposible, caballero! Nocé es uno de mis gentileshombres, y yo salgo fiador de que, lejos de haber atacado á nadie, tuvieron que defenderse del ataque de varios malandrines.

El anciano irguió con altivez su venerable cabeza.

—Aquél salió herido en el hombro. Yo digo lo que vi. Las nubes velaron la Luna, y ya no pude ver al turco. Cuando los caballeros se fueron llegué, busqué por todas partes, y no pude hallarle por ninguna. No puedo afirmar si ha muerto; pero sí afirmo por mi honor que luchó contra los seis caballeros, uno de los cuales se llama Nocé.

Gonzaga se tambaleó.

—Sentaos, Príncipe—le dijo irónicamente el Rey;—no tardaremos en saber si tenéis gentileshombres ó asesinos en vuestra casa.

XV

Tribunal regio.

No había memoria de que en la corte de Madrid el ansia de hacer justicia hubiera convertido en audiencia una recepción palatina. Y tal fué lo que ocurrió aquella noche, cosa tanto más extraordinaria, cuanto que Felipe V no era hombre de resoluciones prontas. El secreto de la energía de que daba pruebas encerrábase en la carta del Regente, y como los cortesanos desconocían la existencia de semejante pliego, no podían menos de asombrarse.

Verdad que le interesaba Sulkham, que le distrajo agradablemente durante unos días, así como á sus cortesanos y á una parte de la villa: se le debían algunos miramientos y consideraciones por su habilidad y talento; pero de eso á interrumpir una fiesta palatina que era un acontecimiento dinástico, había mucha distancia. El turco sólo era un pretexto que llegaba